



απόστοι

Publicación al servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia

El contexto histórico del Nuevo Testamento

La mayoría de los libros del Nuevo Testamento, se escribieron durante la segunda parte del siglo 1 d.C., y en ellos se refleja el medio histórico y cultural imperante en ese momento.

El Nuevo Testamento surge entonces bajo la influencia de tres grandes culturas de la época: la judía, la griega y la romana.

Por eso sobre la cruz de Jesús aparece un letrero escrito en hebreo, griego y latín (Jn 19,19-20).



EL NUEVO TESTAMENTO Y EL AMBIENTE JUDIO

Sin conocimiento del factor cultural judío, es imposible comprender el Nuevo Testamento. Esto es cierto porque gran parte de los personajes de la época del Nuevo Testamento son judíos: Jesús, sus discípulos y apóstoles, los primeros creyentes de la iglesia. Jesús habló el arameo, vivió en Galilea y Judea, y murió en Jerusalén.

Hay tres aspectos del ambiente judío que son importantes destacar aquí: el religioso, el social y el

literario.

Aspecto religioso

Hay una estrecha relación entre la iglesia cristiana y el pueblo judío, sobre todo en lo que a la religión respecta.

En el centro de la fe judía está la afirmación de que *“Dios es el único Señor”* (Dt. 6,4; Mc. 12,29), que *“sus leyes son sabias y dignas de obediencia”* (Sal 78,5-8), y que él ha escogido un pueblo para sí mismo.

Nada de eso está ausente en la fe cristiana.

En realidad, las Escrituras de Israel, donde los profetas dejaron registrado el mensaje de Dios para su pueblo, siguieron siendo las Escrituras de la iglesia cristiana.

Sería mucho tiempo después que se agregaría el Nuevo Testamento. Por eso en el Nuevo Testamento se ven registradas muchas de las costumbres religiosas judías y se mencionan a los grupos judíos más influyentes de la época (Mt. 22, 23-33; Hch. 23, 6-8; 1 Co. 15,12-58).

Por otra parte, la espe-

ranza en la venida del Mesías significaba para los judíos el deseo de ver cumplida la justicia por la mano misma de Dios. De modo que las naciones e individuos que se oponían al pueblo judío recibirían su castigo; y el pueblo escogido y los justos tendrían su recompensa. Pero con la muerte y resurrección de Cristo, los primeros cristianos entendieron que la salvación prometida y el juicio mismo incluían a todos los seres humanos de todas las épocas (Jn. 3,14-18; 12,32; 1 Ti. 1,15; 2,4).

Aspecto social

También se debe tener en cuenta la situación social. En la sociedad israelita de la época de Jesús había tres clases sociales: una alta, una media y otra pobre.



La clase alta se componía de las familias de los jefes políticos y religiosos, los comerciantes solventes, los terratenientes y los recaudadores de impuestos (publicanos).

La clase media contaba con los medianos y pequeños comerciantes, los artesanos, los sacerdotes y los

maestros de la ley.

Por último, la clase pobre, la más numerosa, estaba formada por jornaleros que vivían al día (Mt. 20,1-16), y por muchos otros que vivían al margen de la sociedad: como los mendigos, los leprosos y los paráliticos (Mc. 10, 46).

Según las leyes, el lugar más bajo en la escala social lo ocupaban los esclavos, aunque su situación real dependía de la posición y carácter de sus amos. Los esclavos que no eran judíos rara vez recuperaban su libertad. En cambio, los esclavos israelitas podían recuperar su libertad en el año sabático. El año sabático se celebraba cada siete años y su objetivo era que no se cultivara la tierra durante un año, para celebrar así un año en honor a Dios (Ex. 23,10-11; Lv. 25,1-7; 26, 34.43). Como no se debía cultivar, no se podían saldar las deudas y se perdonaban éstas. Del mismo modo, eran liberados los esclavos israelitas que habían trabajado durante seis años.

Los principales oficios eran la agricultura, la ganadería, la pesca (en el lago de Galilea), trabajos

artesanales (alfarería, zapatería, carpintería, albañilería, etc.) y el comercio. También la atención del templo daba trabajo a un gran número de sacerdotes y levitas.

Se dice que la población de Palestina en la época de Jesús pudo haber sido de aproximadamente un millón de personas.

Los judíos no formaban un grupo religioso y político unido. Decimos religioso y político porque ambas cosas estaban muy relacionadas. En este aspecto, los judíos se habían dividido en muchos grupos.

En el Nuevo Testamento se mencionan varios de ellos: los fariseos, los saduceos, los herodianos y los maestros de la ley.

Los fariseos eran un grupo más que todo religioso. Defendían la estricta obediencia de la ley de Moisés, de las tradiciones y de la piedad popular (Flp. 3, 5-6). Representaban el grupo con más autoridad entre el pueblo. Eran influyentes y participaban en la dirección política. Después de la destrucción del templo de Jerusalén (año 70 d.C.) fue el grupo que predominó entre los judíos. Este grupo sostuvo la idea de la vida eterna, el libre albedrío y la providencia.

Los saduceos, en su mayoría, venían de familias de sacerdotes aristocráticos.

El grupo se asociaba con los sacerdotes y con el Sanedrín o tribunal judicial

israelí. Negaban la vida futura y la existencia de los ángeles y espíritus (Mt. 22, 23-33; Hch. 23, 6-8). También desaparecieron con la caída de Jerusalén.

Un grupo menor fue el de los herodianos (partidarios de Herodes; Mt. 22,16), y el de los esenios.

Los esenios no se mencionan en el Nuevo Testamento; sin embargo, los historiadores y testigos de la época (Filón alejandrino, Flavio Josefo, Plinio) e incluso los primeros padres de la iglesia (Justino, Clemente alejandrino, Orígenes) reconocieron su importancia.

Cultivaban una vida comunitaria y muy organizada, los

bienes eran comunes y exigían el celibato, la recitud moral, la modestia, los vestidos blancos, las comidas comunitarias, las abluciones o ritos de purificación con agua y separarse del resto de los judíos. Creían en las doctrinas hebreas y en la necesidad de purificarse con persistencia.

Pero también tenían muchas creencias paganas: el determinismo universal, la adoración del sol como dios y la reencarnación.

Este grupo, como los dos anteriores, desapare-



ció al luchar contra Roma. Precisamente se desencadenó esta lucha en el año 66 d.C. por los celotas ("los celosos"). Ellos eran fanáticos de la libertad y de una exagerada espera en los momentos culminantes de la vida y de la historia.

Por último, mencionaremos a un grupo importante por su influencia literaria: los maestros de la ley (escribas, letrados o rabinos).

Ellos enseñaban la religión y las tradiciones, y explicaban las Escrituras.

En su mayoría eran laicos. Enseñaban en el templo (Lc. 2, 46) o en las sinagogas (Hch. 15, 21).

Ejercían mucha influencia por su piedad y erudición.

Hacían estrictas interpretaciones de la ley, creían en cierta libertad humana, pero limitada por la providencia.

Creían en la resurrección y en los ángeles, en la venida del Mesías y en la reunión final de todas las tribus de Israel. Su marcado carácter separatista los volvió presumidos y con eso disminuyeron su fuerza espiritual. Junto con los fariseos, se opusieron fuertemente a Jesús (Mt. 23). Sus enseñanzas se conservaron en la llamada "literatura rabínica", escrita después del Nuevo Testamento.

Aspecto literario

La literatura cristiana,

ante todo el Nuevo Testamento, se inspira en el Antiguo Testamento y en el judaísmo contemporáneo. Esto es llamativo, porque el Nuevo Testamento y los primeros escritos cristianos se hicieron en griego. En efecto, sin importar la influencia griega, muchas palabras, mensajes y enseñanzas corresponden al espíritu hebreo. La enseñanza era primero oral y en arameo, luego se vertió al griego, pero conservando su cualidad judía. Así, en el Nuevo Testamento conservamos palabras como: Abbá y maranathá.

El cristianismo primitivo se originó a partir del pueblo judío (Hch. 2, 46) y poco a poco fue distinguiéndose de éste, hasta separarse del todo.

La separación definitiva fue motivada por el mismo mensaje proclamado: no es requisito ser judío para ser cristiano (Hch. 15,1-35). Así, muchas personas que no eran judías se integraron a la iglesia y contribuyeron a la separación (Rom. 11,11-12). Esa separación era de esperarse de todas formas, pues la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, existe porque con su vida, muerte, resurrección, presencia y actuación subsiguientes, se ha realizado un acontecimiento totalmente nuevo. Es la nueva creación (Mc. 1,27; 2,21-22; Jn.13-34; Gal. 6,15; Ef. 2,15).

Además, este nuevo

acontecimiento se transmitió con formas literarias nuevas, como los evangelios, y la transformación de formas tradicionales, como las cartas.

EL NUEVO TESTAMENTO Y EL AMBIENTE GRIEGO

Las grandes conquistas militares de Alejandro Magno en Asia (año 333 a.C.) hicieron que la cultura griega se difundiera por el occidente asiático, por el norte de África, por el sur de Europa y por Roma misma.

No es de extrañar que para el siglo 1 d.C., el griego fuera el idioma de las personas cultas de la zona del mar Mediterráneo e incluso la lengua popular en muchas de las regiones de la zona.

Esta difusión de la cultura griega es lo que se ha denominado "helenismo".

Dado que el pueblo de Israel sufrió diversas deportaciones masivas a lo largo de la historia, era común encontrar comunidades judías fuera de Palestina. Esas comunidades constituyeron lo que se llama el judaísmo de la "diáspora" o dispersión.

Aunque estas comunidades siguieron fieles a sus tradiciones religiosas (por ejemplo, Hch. 16,13), adoptaron el griego como idioma propio. Hoy se acepta que después del

año 70 d.C. eran más los judíos de la diáspora que los que vivían en Israel.

Fue así como en la comunidad judía de Alejandría (Egipto) se tradujeron al griego las Escrituras israelitas.

La principal de estas traducciones es la "versión de los Setenta" (LXX), la cual se convirtió en el texto de uso común de los cristianos de habla griega.

También en Jerusalén hubo un grupo de judíos cristianos que hablaban griego (Hch. 6, 1). Eso hizo posible la difusión del evangelio en las comunidades de la diáspora y entre los paganos (Hch. 11,19-20).

El judío más notable entre la diáspora es, sin duda, Pablo de Tarso. Pablo fue primero perseguidor de cristianos y luego, convertido ya al cristianismo, fue seguidor y propagador celoso de Cristo entre los paganos (Gal. 1,14). Sus viajes misioneros abarcaron la mayoría del mundo conocido hasta entonces y sus cartas constituyen una parte muy importante del Nuevo Testamento.

Por todas estas razones no es extraño que el Nuevo Testamento se hubiera escrito en griego, aunque algunos manuscritos y tradiciones anteriores puedan sugerir que al inicio se escribieron en hebreo y arameo.

Sin embargo, lo cierto es que su redacción y texto definitivos se hicieron y se conservaron en griego.



EL NUEVO TESTAMENTO Y EL AMBIENTE ROMANO

Alrededor del siglo 2 a.C., el poder militar de Roma se había apoderado de todo el Mediterráneo. A partir del 63 a.C., Palestina quedó sometida al poderío militar y político de Roma.

Al inicio, los gobernantes judíos conservaron el título de reyes, aunque estuvieran sometidos al poder romano.

El Nuevo Testamento destaca a Herodes el Grande, quien gobernó Palestina del 37 al 4 a.C., y fue bajo su mandato que nació Jesús (Mt. 2, 1-20; Lc. 1, 5). Cuando Herodes murió, el reino se dividió entre sus tres hijos: Arquelao, quien gobernó Judea y Samaria hasta el año 6 d.C., Herodes Antipas gobernó en Galilea y Perea, hasta el 39 d.C., y Filipo en el nordeste del Jordán, hasta el 34 d.C. (Mt. 2, 22; Lc. 3, 1).

Hacia el año 6 d.C., el emperador romano Augusto quitó del reino a Arquelao, y Judea y Samaria pasaron a ser propiedades del Imperio Romano.

Los nuevos cambios administrativos incluyeron nuevas autoridades romanas (los prefectos y los pro-

curadores).

El más conocido de todos en la historia cristiana es Poncio Pilato, prefecto de Judea (26-36 d.C.) que condenó a muerte a Jesús (Mt. 27,1-26).

Para el año 37 d.C., el rey Herodes Agripa sustituyó a Filipo, y en el 40 d.C. a Herodes Antipas. En el año 41 d.C. extendió su dominio hacia Judea y así reconquistó un reino tan grande como el que había tenido su abuelo Herodes el Grande (Hch. 12, 1-19).

Herodes Antipas murió en el año 44 d.C. (Hch. 12, 19-23) y con ello toda Palestina pasó a manos de los romanos. Esto duró hasta el año 66 d.C. cuando se produjo la guerra judía (Hch. 23, 24; 24, 27).

Entonces Roma desplegó su fuerza militar por todo Israel. Los soldados se organizaban por "compañías", las que tenían a su cargo velar por la adoración del emperador en todo el imperio. Diez compañías formaban una legión (unos 6.000 hombres). Los soldados debían facilitar las conquistas y aplacar las rebeliones.

Vigilaban las fiestas judías, las prisiones y las ejecuciones (Mt. 28,11-15; Lc. 23, 47; Jn. 19, 2.23-24.34).

Pese a ello, también los soldados se acercaban a Jesús y al cristianismo (Mt. 8, 5-13; 27,54; Lc. 23, 47; Hch. 10; 27,



3-11).

En su carta a los efesios, Pablo compara al cristiano con un soldado romano (Ef. 6, 10-18).

El creciente descontento del pueblo judío hacia los romanos llegó a su punto máximo en el año 66 d.C. En ese año, los “celotas” organizaron una rebelión contra Roma. La lucha duró cuatro años. En el primer año de guerra, Roma decidió que los gobernadores de Palestina debían seguir siendo generales del ejército, a quienes llamaron “legados”. El primero de ellos fue Vespasiano, quien en el año 69 d.C. fue proclamado emperador.



La rebelión judía fue aplacada con la intervención de los ejércitos romanos que conquistaron Jerusalén y destruyeron el templo en septiembre del año 70 d.C. (Mt. 24, 2; Lc. 21, 20). Esta derrota se debió a la superioridad militar de los romanos y a las irreconciliables disputas internas de los judíos.

Con la caída de Jerusalén también desaparecieron las autoridades del Sanedrín o Junta Suprema de los judíos; las familias sacerdotales se vieron diezmadas y el grupo de los maestros de la ley empezó a desaparecer.

El cargo de sumo sacer-

dote resultó obsoleto, al igual que el culto del templo. Las enseñanzas religiosas, tradicionales y culturales se reorganizaron alrededor de los rabinos y sus escuelas.

Fuera de Palestina, la iglesia cristiana supo aprovechar bien los beneficios que ofrecía el Imperio Romano.

La unidad política y cultural facilitó la rápida propagación del evangelio por el mundo pagano (Rom. 15, 19.28; 1Pe. 1, 1).

Esto se debió en parte a que en un principio las autoridades romanas no se oponían a la práctica de la religión judía ni de la religión cristiana.

Pero cuando la fidelidad a Cristo entró en conflicto con los intereses de Roma, los primeros cristianos empezaron a ser martirizados y perseguidos.

Los cristianos se resistían a dar culto al emperador y a sus dioses. A esto se agregó que muchas disposiciones contra los judíos también se aplicaron a los cristianos (Hch. 18, 2). Esta tensa situación en que vivieron los cristianos del siglo 1 y 2 se refleja en 1 Pe 4, 12-16 y en el libro de Apocalipsis, donde Roma aparece como el enemigo número uno del cristianismo.

CRONOLOGIA DEL

NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento no encontramos fechas que nos ayuden a escribir una cronología tal como se hace hoy, con el calendario moderno de uso universal. Sin embargo, encontramos detalles cronológicos propios de la forma en que los judíos medían el tiempo.

Esos detalles del Nuevo Testamento, así como otros encontrados en obras seculares escritas en aquellos tiempos, nos ayudan a fijar fechas aproximadas para los sucesos de la vida de Jesús y la vida de la iglesia en el tiempo de los apóstoles.

La vida de Jesús.

Su nacimiento. Según Mateo 2, 1, Jesús nació cuando Herodes el Grande era rey de Judea. Esto quiere decir que su nacimiento no pudo ocurrir después de la muerte de Herodes.

El historiador judío Josefo dice en su libro Antigüedades que antes de morir Herodes hubo un eclipse de luna.

Sabemos que entre el año 5 y 4 a.C. hubo varios eclipses. El que ocurrió precisamente antes de la muerte de Herodes pudo ser el del 12 de marzo del año 4 a.C.; Josefo mismo dice que Herodes murió antes de la Pascua del 11 de abril del 4 a.C. La fecha

de la muerte de Herodes tuvo que ser entonces a principios de abril de ese año.

En Lucas 2, 1 se nos dice que Jesús nació durante el tiempo en que se hacía el censo ordenado por el Emperador Augusto. Lucas nos informa además que el censo fue realizado por el gobernador romano de Siria llamado Quirinio.

Por las pruebas encontradas en documentos del historiador Josefo y otros documentos antiguos, algunos fijan como fecha probable de ese censo el año 8 a.C.

De ese modo, lo único que podríamos afirmar es que el nacimiento de Jesús tuvo lugar entre los años 8 a.C. (censo de Quirino) y 4 a.C. (muerte de Herodes).

La fecha que todos aceptan con más probabilidad es 7 ó 6 a.C.

Su ministerio.

Sabemos que Jesús comienza su ministerio después de ser bautizado por Juan el Bautista y a su regreso del desierto (Lc 3, 21; 4,14), pero no tenemos datos de la fecha exacta en que esto sucedió.

Para fijar la fecha, recurrimos a la sincronización

FUENTE: